



# El Jack Randa Hotel

Alice Munro



© Srta Scarpetta

**E**n la pista del aeropuerto de Honolulu, el avión pierde velocidad, pierde el resuello, desfallece, gira por el césped y se detiene dando tumbos. Parece estar a unos metros del mar. Dentro, todo el mundo se ríe. Primero, silencio; después, las risas. Gail también se rió. A continuación, la gente empezó a presentarse. Al lado de Gail están Larry y Phyllis, que son de Spokane.

Larry y Phyllis van a un torneo de golfistas zurdos, en Fiji, como muchas otras parejas del avión. El golfista zurdo es Larry; Phyllis, su mujer, va a verle, a animarse y a divertirse.

Están en el avión —Gail y los golfistas zurdos—, y les sirven el almuerzo. Nada de beber. Un calor espantoso. De la car-

linga llegan avisos confusos. Perdonen las molestias. No es nada grave, pero al parecer vamos a tener que esperar un poco más. Phyllis tiene un terrible dolor de cabeza, que Larry trata de aliviar presionándole con los dedos ciertos puntos de una muñeca y de la palma de una mano.

—No funciona —dice Phyllis—. Ahora podría estar en Nueva Orleans, con Suzy.

Larry dice:

—Pobrecita mía.

A Gail le deslumbra el destello furibundo de los anillos de diamantes cuando Phyllis mueve la mano. Las mujeres casadas tienen anillos de diamantes y dolo-



res de cabeza, piensa Gail. Todavía sigue siendo así, con las que de verdad triunfan. Y también tienen maridos gordiflores, golfistas zurdos, que dedican toda su vida a apaciguarlas.

Por fin, a los pasajeros que no van a Fiji, sino que continúan hasta Sidney, los sacan del avión. Los llevan a la terminal y allí, abandonados por la azafata, recogen el equipaje, pasan por la aduana y deambulan de acá para allá, tratando de localizar la línea aérea que va a encargarse de sus billetes. En un momento dado, les asalta un comité de bienvenida de uno de los hoteles de la isla que canta canciones hawaianas y les pone guirnalda de flores alrededor del cuello. Pero por último consiguen meterse en otro avión. Comen, beben y duermen, y las colas para los servicios se alargan y los pasillos se llenan de desperdicios mientras las azafatas hablan de hijos y de novios en sus asientos. Después, el inquietante brillo de la mañana, la costa australiana, de arena amarilla, allí abajo, a una hora absurda, e incluso los pasajeros mejor vestidos y más guapos están ojerosos, desganados, aletargados, como después de un largo viaje en tercera clase. Y antes de abandonar el avión sufren otro asalto. Unos hombres velludos con pantalones cortos abordan el aparato y lo rocían todo con insecticida.

“A lo mejor es así como se entra en el Cielo”, se imagina Gail diciéndole a Will. “La gente te pone flores que tú no quieres y todo el mundo tiene dolor de cabeza y estreñimiento y te rocían con algo para matar los gérmenes de la Tierra”.

Es la costumbre: intentar pensar cosas inteligentes y frívolas para decírselas a Will.

Cuando Will se fue, a Gail le dio la impresión de que su tienda se llenaba de mujeres. No necesariamente para comprar ropa. Eso no le importaba. Era como en tiempos pasados, antes de Will. Las mujeres se sentaban en sillones muy viejos, junto a la tabla de planchar y el tablero de cortar, detrás de las descoloridas cortinas de batik, y tomaban café. Gail empezó a moler los granos, como antes. Al cabo de poco tiempo, el maniquí estaba recubierto de abalorios y de pintadas bastante escandalosas. Se contaban historias sobre hombres, por lo general sobre hombres que se habían marchado. Mentiras e injusticias y enfrentamientos. Traiciones tan espantosas — y al mismo tiempo tan triviales — que te morías de la risa al oírlos. Los hombres pronunciaban discursos ridículos. (Lo siento, pero ya no me considero comprometido con nuestro matrimonio.) Se ofrecían a revender a sus mujeres muebles y coches que habían pagado ellas. Se pavoneaban todos satisfechos por haber conseguido fecundar a un ejemplar del sexo femenino más joven que sus propios hijos. Eran diabólicos e infantiles. ¿Qué se podía hacer con ellos sino dejarlos? Con orgullo, con dignidad, para autoprotegerse.

A Gail todo aquello dejó de divertirla al cabo de poco tiempo. Tomar demasiado café sienta mal a la piel. Hubo una pelea soterrada cuando se descubrió que una de ellas había puesto un anuncio en la Sección Personal. Gail pasó de tomar café con las amigas a tomar copas con Cleata, la madre de Will y, curiosamente, su estado de ánimo se hizo más sobrio. Aún se notaba cierto vértigo en las notas que colgaba de la puerta para poder marcharse pronto las tardes de verano. (La dependienta de su tienda, Donaldia, estaba de vacaciones, y resultaba demasiado complicado contratar a otra persona.)



© Srta Scarpetta



*Estoy en la ópera.*

*Estoy en el jardín de la alegría.*

*He ido a hacer penitencia un rato.*

No eran cosas que hubiera inventado ella, sino Will, que las pegaba en la puerta en los primeros tiempos, cuando querían ir al piso de arriba. Comprendió que tales ligerezas no les hacían mucha gracia a quienes habían tenido que conducir bastantes kilómetros para comprar un vestido para una boda, o a las chicas que hacían toda una excursión para adquirir ropa para la universidad. Pero no le importaba.

En la terraza de la casa de Cleata, Gail se sosegaba, empezaba a albergar vagas esperanzas. Como la mayoría de los auténticos bebedores, Cleata se mantenía fiel a una sola bebida —en su caso, whisky escocés—, y cuando cambiaba era sólo por entretenerse, pero a Gail le preparaba una ginebra con tónica o un ron blanco con soda. Le enseñó a beber tequila. “Esto es el cielo”, decía a veces Gail, y no se refería sólo al alcohol, sino a la terraza con tela metálica y al patio rodeado de setos, a la vieja casa de ventanas con postigos, de suelos barnizados, a las alacenas de la cocina, demasiado altas, y a las cortinas de flores totalmente pasadas de moda. (Cleata detestaba la decoración.) Era la casa en la que había nacido Will, y también Cleata, y la primera vez que Will la llevó allí, Gail pensó, así es como vive la gente realmente civilizada. La combinación de descuido y corrección, el respeto por los libros y los platos antiguos. Las cosas absurdas sobre las que a Will y a Cleata les parecía normal hablar. Y las cosas sobre las que no hablaban Cleata y ella: la deserción de Will, la enfermedad que ha dejado a Cleata con los brazos y las piernas como ramas barnizadas bajo el profundo bron-

ceado y que le ha hundido las mejillas enmarcadas por el pelo blanco, ondulado y peinado hacia atrás. Will y ella tienen la misma cara, ligeramente simiesca, de ojos oscuros, soñadores y burlones.

Cleata hablaba del libro que estaba leyendo, *La crónica anglosajona*. Dijo que la razón por la que la primera parte de la Edad Media se conoce como la época del oscurantismo no es que no podamos saber nada sobre ella, sino que no podemos recordar lo que aprendemos, por los nombres.

—Caedwalla —dijo—. Egfrith. Ya no son nombres que se pronuncien a diario.

Gail intentó recordar a qué épocas, a qué siglos se refería, pero su ignorancia no la avergonzó. Al fin y al cabo, Cleata se tomaba todo aquello a broma.

—Aelfflaed —dijo Cleata, y deletreó el nombre—. ¿Qué clase de heroína es Aelfflaed?

Cuando Cleata le escribía cartas a Will, probablemente le hablaba de Aelfflaed y Egfrith, no de Gail. Seguro que no le contaba: El otro día estuvo aquí Gail, muy guapa, con una especie de pijama de seda gris. Tenía muy buen aspecto y dijo unas cosas muy graciosas... Como tampoco le hubiera dicho a Gail: “Tengo mis dudas sobre esos dos tortolitos. Si leo entre líneas, me da la impresión de que ya han empezado las decepciones...”.

Cuando conoció a Will y a Cleata, a Gail le parecieron personajes sacados de un libro. Un hombre ya maduro que vivía con su madre, y felizmente. Gail conoció una vida ceremoniosa, absurda y envidiable, al menos con la apariencia de elegancia y seguridad del celibato. Aún sigue viendo



© Diego Armando Martínez Hincapié

estos aspectos, aunque la verdad es que Will no siempre ha vivido en casa y no es ni célibe ni discretamente homosexual. Había pasado fuera muchos años, haciendo su vida, trabajando en la Filmoteca Nacional y en la Corporación Canadiense de Radiodifusión, y dejó aquel trabajo hacía poco: regresó a Walley para dedicarse a la enseñanza. ¿Por qué lo había dejado? Por varios motivos, decía. Demasiado machiavelismo. El imperio. El agotamiento.

Gail llegó a Walley un verano, en los años setenta. El novio que tenía por entonces construía barcos, y ella vendía la ropa que confeccionaba: capas con encajes, camisas con mangas de volantes, faldas largas de vivos colores. Tenía espacio para trabajar en el taller del novio, cuando llegó el invierno. Empezó a importar ponchos y gruesos calcetines de Bolivia y Guatemala. Buscó a varias mujeres del pueblo para que tejieran jerséis. Un día,



Will la paró por la calle y le pidió que le ayudara con el vestuario de la obra de teatro que estaba preparando. El novio de Gail se fue a Vancouver.

Gail le contó ciertas cosas a Will desde el principio, por si se le ocurría pensar que con su cuerpo robusto, su piel sonrosada y su frente amplia y noble podía ser la mujer idónea para crear una familia. Le contó que había tenido un hijo y que cuando su novio y ella estaban trasladando muebles en una furgoneta que les habían prestado, desde Thunder Bay a Toronto, hubo un escape de monóxido de carbono en el vehículo. Ellos sólo se marearon, pero el niño, que por entonces tenía siete semanas, murió. Después, Gail estuvo enferma —una inflamación de la pelvis—, y decidió no tener más hijos. Como de todas maneras hubiera resultado complicado, le hicieron una histerectomía.

Will la admiraba. Eso decía. No se sintió obligado a comentar: ¡qué tragedia! No sugirió, ni siquiera solapadamente, que aquella muerte fuera consecuencia de las decisiones que Gail había tomado. Por entonces, Will estaba extasiado con ella. La consideraba valiente, generosa, valiosa, ingeniosa. La ropa que diseñaba y confeccionaba para él era perfecta, prodigiosa. Gail pensaba que la imagen que Will tenía de ella, de su vida, mostraba una inocencia enternecedora. Consideraba que, lejos de ser un espíritu libre y generoso, ella se había angustiado y desesperado demasiadas veces y había dedicado demasiado tiempo a lavar ropa y a preocuparse por el dinero, siempre con la sensación de que le debía mucho a cualquier hombre que cargase con ella. Por entonces no creía estar enamorada de Will, pero le gustaba físicamente, le gustaban su cuerpo vigoroso, tan ergui-

do que parecía más alto de lo que en realidad era, la cabeza echada hacia atrás, la frente despejada y reluciente, la orla de pelo rizado, canoso. Le encantaba observarle en los ensayos, o simplemente mientras hablaba con sus alumnos. Parecía muy hábil y atrevido como director, y su fuerte personalidad destacaba cuando cruzaba el vestíbulo del instituto o las calles de Walley. Y además, los sentimientos que albergaba hacia ella, un tanto extraños, la admiración, sus atenciones como amante, la curiosa placidez de su casa y de su vida con Cleata: todo aquello le daba la sensación de una acogida maravillosa en un lugar en el que quizá no tuviera derecho a estar. Entonces no importaba; ella llevaba ventaja.

¿Cuándo dejó de tenerla? ¿Cuándo Will se acostumbró a dormir con ella, cuando se instalaron juntos, cuando trabajaron tanto en la casa junto al río y resultó que ella desempeñaba mejor que él aquella clase de tareas?

¿Estaba Gail convencida de que siempre debe haber alguien que lleve ventaja?

Llegó un momento en que incluso el tono de voz de Will al decirle: “Llevas un cordón desatado” cuando ella le adelantaba un poco mientras daban un paseo —tan sólo eso— podía hundirla en la desesperación, prevenirla de que se habían adentrado en un terreno desolado en el que la decepción de él no tenía límites, en el que su desprecio quedaba fuera de toda duda. Gail acababa tropezando, su rabia estallaba; después, seguían días y noches de absoluto vacío. Al final, la vuelta atrás, la dulzura de la reconciliación, las bromas, el alivio, el aturdimiento. Así era su vida en común; Gail no la entendía ni realmente sabía si le ocurría lo mismo a todo el mun-



do. Pero los períodos de tranquilidad parecían prolongarse, los peligros alejarse, y no albergaba la menor sospecha de que Will estuviera a la espera de conocer a alguien nuevo, como Sandy, que le resultaría tan ajena y encantadora como ella al principio.

Seguramente, tampoco Will lo sospechaba.

Nunca le contó gran cosa sobre Sandy — Sandra —, que había ido a Walley el año anterior con un programa de intercambio para conocer la enseñanza del teatro en los colegios canadienses. Según le dijo Will, era una desmadrada. Después, también le dijo que posiblemente ni siquiera conocía aquella expresión. En torno al nombre de la chica se formó de inmediato una especie de electricidad, o de peligro. Gail obtuvo información de otras fuentes. Se enteró de que Sandy se había enfrentado con Will delante de sus alumnos, acusándole de que las obras de teatro que quería representar no eran “relevantes”. O a lo mejor de que no eran “revolucionarias”.

— Pero a Will le cae bien — dijo uno de los alumnos —. Le cae pero que muy bien.

Sandy no se quedó mucho tiempo. Fue a otros colegios, para observar las clases de teatro. Pero escribió a Will, y seguramente él contestó. Porque, al parecer, se habían enamorado de verdad. Will y Sandy se habían enamorado de verdad, y al final del año escolar él la siguió cuando se marchó a Australia.

Enamorados de verdad. Cuando Will se lo contó a Gail, ella estaba fumando chocolate. Había vuelto a empezar, porque la presencia de Will la ponía muy nerviosa.

— ¿Quieres decir que no es por mí? — dijo Gail —. ¿Que el problema no soy yo?

Se sintió mareada de puro alivio. Estaba de un humor excelente, atrevido, y aturulló a Will hasta que se lo llevó a la cama.

A la mañana siguiente intentaron evitar estar en la misma habitación. Decidieron no escribirse. Quizá más adelante, dijo Will. Gail dijo: “Como quieras”.

Pero un día, en casa de Cleata, Gail vio su letra en un sobre que sin duda habían dejado allí para que ella lo viera. Lo había dejado Cleata: Cleata, que jamás decía ni media palabra sobre los fugitivos. Gail apuntó el remite: 16 Eyre Rd., Toowong, Brisbane, Queensland, Australia.

Fue al ver la letra de Will cuando comprendió lo inútil que le resultaba todo. Aquella casa previctoriana de Walley, y la terraza, y las copas, y el árbol de catalpa que siempre contemplaba, en el patio trasero de la casa de Cleata. Todos los árboles y las calles de Walley, todas las vistas liberadoras del lago y la comodidad de la tienda. Inútiles válvulas de escape, imitaciones, puntos de apoyo. Lo realmente importante estaba lejos y oculto, en Australia.

Ésa era la razón por la que se veía sentada en el avión junto a la mujer de los anillos de diamantes. Ella no lleva ningún anillo, ni las uñas pintadas: tiene la piel seca de tanto trabajar con telas. Antes, decía de la ropa que confeccionaba que estaba “hecha a mano”, hasta que Will le hizo avergonzarse de semejante definición. Todavía no ha comprendido qué tenía de malo.

Vendió la tienda, a Donald, que quería comprarla desde hacía tiempo. Cogió el dinero, se compró un billete de avión para Australia y no le explicó a nadie a dónde iba. Contó una mentira: que iba a tomarse unas largas vacaciones que em-



© Diego Armando Martínez Hincapié

pezarían en Inglaterra. Después Grecia, para pasar allí el invierno, y a continuación, ¿quién sabe?

La noche antes de marcharse, se transformó. Se cortó el pelo, entre rojizo y gris, muy abundante, y se lo tiñó de caoba. Le quedó un color raro, rojo oscuro, claramente artificial pero demasiado sombrío, sin ningún atractivo. Aunque ya no era suya, eligió en la tienda una ropa que normalmente no se le habría ocurrido ponerse, un traje de chaqueta de poliéster azul marino que parecía de lino, con rayas rojas y amarillas. Es alta, ancha de caderas y suele llevar prendas holgadas y con

buena caída. Ese traje le abulta demasiado los hombros y le corta las piernas a una altura nada favorecedora, justo encima de la rodilla. ¿En qué clase de mujer pensaba convertirse? ¿En alguien con quien Phyllis jugaría al bridge? En tal caso, se ha equivocado. Tiene el aspecto de alguien que se ha pasado la mayor parte de su vida vestida de uniforme, en un trabajo digno y mal pagado (¿en la cafetería de un hospital?) y que se ha gastado demasiado dinero en un traje destinado a impresionar que le resultará inútil e incómodo en las grandes vacaciones de su vida.

No importa. Es un disfraz.





En los lavabos del aeropuerto, en un continente nuevo, comprueba que el tinte oscuro, que no enjuagó lo suficiente la noche anterior, se ha mezclado con el sudor y le resbala por el cuello.

Gail ha aterrizado en Brisbane: aún no está acostumbrada al nuevo horario y el sol abrasador la martiriza. Sigue con el traje espantoso, pero se ha lavado el pelo y ya no destiñe.

Ha cogido un taxi. Aunque está agotada, no puede tranquilizarse; no descansará hasta haber visto dónde viven. Ya ha comprado un mapa y buscado Eyre Road. Una calle corta, que forma curva. Pide que la dejen en la esquina, donde hay una tiendecita. Seguramente, allí comprarán la leche y otras cosas cuando se les acaban de improviso. Detergente, aspirinas, tampones.

Naturalmente, el hecho de que Gail no hubiera conocido a Sandy no auguraba nada bueno. Podía significar que Will sabía algo desde el principio. Las tentativas posteriores por sonsacarle una descripción no dieron grandes resultados. Más bien alta, no baja. Más bien delgada, no gorda. Más bien rubia, no morena. Gail se había formado la imagen de una de esas chicas de piernas largas, pelo corto, activas, con cierto aire de ambigüedad; pero mujeres, mujeres atractivas. Sin embargo, no reconocería a Sandy si se topase con ella.

¿Reconocería alguien a Gail? Con las gafas oscuras y aquel pelo imposible, tiene la sensación de haber cambiado hasta el extremo de sentirse invisible. El encontrarse en un país extraño también ha contribuido a la transformación. Todavía no se ha adaptado. Cuando lo haga, quizá no sea tan osada. Tiene que recorrer aquella

calle, mirar la casa, inmediatamente, o quizá no se atreva nunca.

La calle por la que ha subido el taxi desde el río de color pardo era empinada. Eyre Road sigue el contorno de una colina. No hay aceras; sólo un sendero polvoriento. Nadie va andando por él, no pasa ningún coche, no hay sombra. Vallas de tablones de una especie de mimbre entretejido — ¿zarzo? —, o en algunos casos altos setos cubiertos de flores. No; en realidad, las flores son hojas de color rosa-purpúreo o carmesí. Tras las vallas se ven árboles que Gail no conoce. Tienen un follaje polvoriento, de aspecto duro, una corteza escamosa o fibrosa, un aire ornamental un tanto pobre, como de indiferencia o de vaga maldad, que Gail relaciona con los trópicos. Delante de ella, por el sendero, avanzan dos gallinas de Guinea, majestuosas y ridículas.

La casa en la que viven Will y Sandy queda oculta por una valla de tablones, pintada de verde claro. A Gail se le encoge el corazón, se le pone en un puño, cruelmente, al ver aquella valla, aquel color.

Como es un callejón sin salida, tiene que dar la vuelta. Pasa de nuevo junto a la casa. En la valla hay una verja para que entren y salgan coches. También hay un buzón para el correo. Gail se había fijado en que había uno igual en otra casa, y la razón por la que se fijó en él fue que asomaba una revista. De modo que no es muy profundo, y si se desliza una mano, quizá pueda encontrarse un sobre en el fondo, si nadie de la casa ha recogido todavía el correo. Y Gail mete una mano. No puede contenerse. Encuentra una carta, tal y como pensaba. Se la guarda en el bolso.

Llama un taxi desde la tienda de la esquina.



© Srta Scarpetta



— ¿De qué parte de los Estados Unidos es usted? — le pregunta el tendero.

— De Texas — dice Gail. Cree que allí debe de gustarles la idea de que la gente sea de Texas y, efectivamente, aquel hombre alza las cejas y silba.

— Ya me parecía a mí — dice.

En el sobre está la letra de Will. Entonces, no es una carta para él, sino que la ha escrito él. Una carta dirigida a Catherine Thornaby, 491 Hawtre Street. También en Brisbane. Con distinta letra, unas palabras garabateadas: “Devuélvase al remitente. Fallecida 13 de septiembre”. En el estado de confusión en que se encuentra, durante unos segundos Gail piensa que es Will quien ha muerto.

Tiene que tranquilizarse, recobrar la calma, huir del sol un rato.

Sin embargo, en cuanto lee la carta en su habitación del hotel y se arregla un poco, coge otro taxi, en esta ocasión hacia Hawtre Street y, tal y como suponía, encuentra un anuncio en la ventana: “Se alquila piso”.

Pero, ¿qué contiene la carta que le ha escrito Will a Catherine Thornaby, que vivía en Hawtre Street?

Estimada señora Thornaby:

Usted no me conoce, pero una vez que me haya explicado, quizá podamos concertar una cita para charlar. Existe la posibilidad de que sea primo suyo, de Canadá, porque mi abuelo, que nació en Northumberland, fue a ese país el siglo pasado, en la década de los setenta, más o menos en la misma época en que un hermano suyo vino a Australia. Mi abuelo se llamaba William, como yo, y su hermano, Thomas.

Naturalmente, no tengo ninguna prueba de que usted sea descendiente de este Thomas. Un día, mirando la guía telefónica de Brisbane, descubrí con sorpresa que había otro apellido Thornaby escrito del mismo modo. Antes, pensaba que dedicarse a investigar el árbol genealógico era algo absurdo, aburridísimo, pero ahora ha empezado a interesarme y a despertar mi curiosidad. Quizá sea mi edad — tengo cincuenta y seis años — lo que me empuja a buscar vínculos familiares. Además, ahora dispongo de más tiempo. Mi mujer trabaja con un grupo de teatro y está ocupada constantemente. Es una joven muy inteligente y activa. (¡Me riñe si llamo chica a una mujer de más de dieciocho años, y ella sólo tiene veintiocho!) En Canadá, yo daba clases de teatro, pero aquí en Australia aún no he encontrado trabajo.

Su mujer. Intenta aparecer respetable ante la posible prima.

Estimado señor Thornaby:

El apellido que tenemos en común podría ser más corriente de lo que cree, si bien, de momento, yo soy la única que aparece en la guía telefónica de Brisbane. Quizá no sepa que el apellido procede de Thom Abbey, cuyas ruinas aún pueden contemplarse en Northumberland. La forma de escribirlo varía: Thornaby, Thomby, Thomabbey, Thomabby. En la Edad Media, el nombre del señor feudal era adoptado por todos los que vivían en sus dominios, desde los campesinos hasta los carpinteros, pasando por los herreros. En consecuencia, hay muchas personas en todo el mundo con un apellido al que, en sentido estricto, no tienen derecho. En este caso, sólo quienes pueden remontar su ascendencia al siglo *XII* son los auténticos Thornaby, los heráldicos, es decir, los que tienen derecho a ostentar el escudo de armas de la familia. Yo me cuento entre ellos, y como usted no hace ninguna alusión al escudo de armas y entre sus antepasados no menciona a nadie anterior a William, he



© Diego Armando Martínez Hincapié

de suponer que no le ocurre lo mismo. Mi abuelo se llamaba Jonathan.

Gail escribe la carta con una vieja máquina portátil que ha comprado en la tienda de objetos de segunda mano que hay en su calle. Ya se ha instalado en el 491 de Hawtre Street, en un edificio de apartamentos llamado Miramar. Es un edificio de dos plantas recubierto de estuco deslucido, de color crema, con columnas salomónicas a ambos lados de la verja de la entrada. Tiene un aire superficialmente árabe, o español, o californiano, como de antigua sala de cine. El administrador le dijo que el piso era muy moderno.

“Lo ocupaba una señora mayor, pero tuvieron que llevarla al hospital. Después, cuan-

do murió, vino alguien que se llevó sus efectos personales, pero todavía quedan los muebles que estaban al principio. ¿De qué parte de los Estados Unidos es usted?”

De Oklahoma, dijo Gail. Soy la señora Massie.

El administrador parece tener unos setenta años. Lleva unas gafas que le magnifican los ojos y camina con rapidez, aunque con bastante inseguridad, un poco ladeado. Habla sobre las dificultades: el aumento del número de extranjeros entre la población, circunstancia que complica las cosas a la hora de encontrar buenos mecánicos, el descuido de ciertos inquilinos, la mala idea de algunos paseantes que dejan el césped lleno de basura. Gail



le pregunta si ha enviado una nota a Correos. El administrador dice que lleva varios días con intención de hacerlo, pero que la señora en cuestión apenas recibía correspondencia. Sólo le llegó una carta. Y curiosamente, justo el día después de su muerte. Él la devolvió.

— Puedo ir yo — dijo Gail —. Yo lo notificaré en Correos.

— Pero tengo que firmarlo yo. Si me trae uno de los impresos que tienen para estas cosas, lo firmo y después lo lleva usted.

Las paredes del apartamento están pintadas de blanco: eso, por lo visto, es lo que tiene de moderno. También tiene persianas de bambú, una cocina diminuta, un sofá cama verde, una mesa y dos sillas. En la pared, una lámina, que podría ser un dibujo o una fotografía coloreada. Un paisaje desértico, verdeamarillento, con rocas, plantas de salvia y montañas lejanas, borrosas. Gail está segura de haberlo visto antes.

Pagó el alquiler en efectivo. Durante unos días estuvo muy ocupada comprando sábanas, toallas y comida, cacerolas y platos, la máquina de escribir. Tuvo que abrir una cuenta bancaria, ser una persona que vivía en el país, no una simple turista. Hay tiendas apenas a una manzana de distancia. De comestibles, de objetos de segunda mano, farmacia, salón de té. Todos son establecimientos humildes con tiras de papel de colores en la entrada y marquesinas de madera. Con ofertas muy limitadas. El salón de té sólo tiene dos mesas; la tienda de objetos de segunda mano cuenta con poco más que el cúmulo desordenado de cosas de una casa cualquiera. Los paquetes de cereales de la tienda de comestibles, los frascos de jarabe para la tos y las cajas de pastillas de la farmacia están expues-

tos, aislados, en las estanterías, como si tuvieran un valor o significado especial.

Pero Gail ha encontrado lo que necesitaba. En la tienda de segunda mano, unos cuantos vestidos de algodón, holgados, de flores, una cesta de paja para ir a la compra. Con esos elementos, se parece a las demás mujeres que ve por la calle. Amas de casa, de mediana edad, con piernas y brazos al descubierto, pero pálidos, que salen a comprar a primera hora de la mañana o última de la tarde. También se compró un sombrero de paja, para protegerse la cara del sol como las demás mujeres. Caras apagadas, suaves, pecosas, de ojos parpadeantes.

Oscurece súbitamente, alrededor de las seis, y Gail tiene que buscar algo que hacer por las noches. En el apartamento no hay televisor, pero un poco más allá de las tiendas hay una biblioteca de préstamo, regentada por una mujer mayor, que entrega los libros en el salón de su casa. Lleva redecilla y medias grises de hilo de Escocia a pesar del calor. (¿Dónde se pueden encontrar medias grises de hilo de Escocia hoy en día?) Tiene el cuerpo desnutrido y los labios siempre apretados, descoloridos, sin asomo de sonrisa. Es la persona que imagina Gail cuando escribe la carta de Catherine Thornaby. Le aplica ese nombre siempre que la ve, algo que ocurre casi a diario, porque sólo se puede sacar un libro a la vez y Gail suele leer uno cada noche. Piensa: es Catherine Thornaby, muerta y trasladada a una nueva vida a pocas manzanas de distancia.

Esas historias sobre los Thornaby con derecho o no a ostentar el escudo de armas las ha sacado de un libro. No de uno de los que está leyendo, sino de algo que recuerda de su juventud. El héroe no tenía



derecho a ostentar el escudo de armas, pero era heredero de una gran hacienda. No recuerda el título. Por entonces vivía con gente que siempre leía cosas como *El lobo estepario*, o textos de Krishnamurti, y ella novelas históricas, casi con sentimiento de culpabilidad. No cree que Will haya leído ningún libro así ni que conozca tales datos. Y está segura de que tendrá que contestar a Catherine, para reñirla.

Espera y lee los libros de la biblioteca que pertenecen a una época incluso anterior a las novelas que le gustaban hace veinte años. Algunas las sacaba de la biblioteca pública de Winnipeg, antes de marcharse de casa, e incluso entonces ya parecían anticuadas. *El castillo azul*. *Maria Chapdelaine*. Naturalmente, esos libros le recuerdan a su vida antes de Will. Tal vida existía y aún podía salvar algo de ella, si quería. Tiene una hermana que vive en Winnipeg. También una tía, que está en un asilo de ancianos y que todavía lee libros en ruso. Los abuelos de Gail eran rusos, sus padres siguen hablando el idioma, en realidad no se llama Gail, sino Galya. Se alejó de la familia —o ellos la obligaron a alejarse— cuando se marchó de casa, a los dieciocho años, y se dedicó a recorrer el país, que era lo que se hacía en aquella época. Primero con amigos, después con un novio, a continuación con otro novio. Hacía collares y teñía pañuelos y los vendía en la calle.

Estimada señora Thornaby:

Le agradezco su información sobre la importantísima diferencia que existe entre los Thornaby que tienen derecho a ostentar el escudo de armas y los que no lo tienen. Me da la impresión de que está usted convencida de que yo pertenezco a la última categoría. Le pido por ello mil perdones: no tenía la menor intención de profanar tan sagrado terreno ni de imprimir el escudo de armas

en mis camisetas. En mi país no nos preocupamos demasiado por estas cosas, y creía que tampoco se hacía en Australia, pero al parecer estaba equivocado. Quizá tenga usted una edad demasiado avanzada como para haber observado los cambios de valores. A mí no me ocurre lo mismo, porque he pasado muchos años dando clase y además me enfrento a diario con las poderosas razones de una mujer joven, mi esposa.

Mis intenciones eran sumamente inocentes: ponerme en contacto con una persona que vive en este país y que no pertenece al círculo teatral y académico en el que estamos sumergidos mi mujer y yo. Mi madre vive en Canadá, y la echo de menos. Ella escribiría una carta como la suya en broma, pero dudo mucho que usted quiera bromear. A mi juicio, se trata de un caso extremo de Exaltación de los Antepasados.

Cuando Will se siente ofendido y molesto de una forma especial —una forma difícil de predecir y que a la mayoría de las personas le cuesta trabajo reconocer—, se pone terriblemente sarcástico. Le abandona la ironía. Empieza a desbarrear, y quienes están a su alrededor sienten vergüenza, no por ellos, sino por él. Es algo que no sucede con frecuencia, y por lo general, cuando sucede, significa que se siente profundamente menospreciado. Significa que incluso él mismo se menosprecia.

Así que eso es lo que ha ocurrido. O eso cree Gail. Sandy y sus amigos, con su avasalladora seguridad, su honradez vulgar, le hacen sentirse fatal. Nadie reconoce su ingenio, sus inquietudes se han quedado anticuadas. No encuentra su lugar entre ellos. El orgullo de su relación con Sandy se ha ido agriando poco a poco.

Eso cree Gail. Will se siente débil y triste y anda buscando a otra persona. Ha empezado a pensar en los lazos familiares,



en ese país de florecer constante, de vida ornitológica impúdica, de días abrasadores y noches que se ciernen súbitamente.

Estimado señor Thornaby:

Francamente, ¿esperaba usted que por el simple hecho de que tengamos el mismo apellido fuera a abrirle las puertas de mi casa y a “ponerle la alfombra”, como, según tengo entendido, dicen ustedes en Norteamérica, lo que inevitablemente incluye Canadá? Quizá esté usted buscando otra madre aquí, pero yo no tengo ninguna obligación de serlo. Y, por cierto, se equivoca usted con respecto a mi edad: soy varios años más joven que usted, de modo que no me imagine como una vieja solterona con redecilla y medias grises de hilo de Escocia. Seguramente, conozco el mundo tan bien como usted. Viajo bastante, porque me dedico a comprar artículos de moda para una tienda muy importante. Así que mis ideas no son tan anticuadas como usted cree.

No dice nada sobre si su mujer, tan joven, tan ocupada y tan activa, pasaría a formar parte de esta amistad de familia. Me sorprende que sienta la necesidad de establecer otros contactos. A través de los medios de comunicación me entero continuamente de la existencia de estas relaciones “otoño-primaverales”, de lo rejuvenecedoras que resultan y de lo felices que se sienten los hombres adaptándose a la vida de familia y a la paternidad. (¡Desde luego, ni media palabra sobre los “viajes de prueba” con mujeres más próximas a su edad ni sobre cómo se adaptan esas mujeres a una vida solitaria!) ¡Así que a lo mejor le hace falta ser papá para adquirir “sentido de la familia!”.

A Gail le sorprende la facilidad con que escribe. Siempre le ha costado trabajo escribir cartas, y encima con resultados aburridos, como telegramas, con un montón de puntos suspensivos y frases



© Srta Scarpetta

incompletas y excusas por la falta de tiempo. ¿De dónde ha sacado ese estilo tan refinado, tan malévolo? ¿De algún libro, como el de las tonterías sobre los escudos de armas? Camina en la oscuridad para echar la carta, con sensación de osadía, de satisfacción. Pero a la mañana siguiente se despierta temprano, pensando que ha llegado demasiado lejos. Will no contestará; no volverá a saber nada de él. Se levanta y sale del edificio, va a dar un paseo matutino. Las tiendas están todavía cerradas, las persianas rotas bajadas, dentro de lo que cabe, en las ven-



tananas de la biblioteca. Llega hasta el río, donde hay un parquecito, junto al hotel. Más tarde no puede ni pasear por allí ni sentarse, porque las terrazas del hotel están siempre atestadas de gente ruidosa que no para de beber cerveza, y el parque queda al alcance del vocerío y de las botellas. En esos momentos, las terrazas están vacías, las puertas cerradas, y pasea entre los árboles. Las aguas pardas del río discurren indolentes por entre los tocones de los mangles. Las aves sobrevuelan el río, aterrizan en el tejado del hotel. No son gaviotas, como Gail creyó al principio. Son más pequeñas, y en las alas y el pecho, de un blanco brillante, tienen un toque de rosa.

En el parque hay dos hombres sentados, uno en un banco, el otro en una silla de ruedas, al lado del banco. Gail los reconoce: viven en el mismo edificio que ella y salen a dar un paseo todos los días. Una vez les abrió la puerta para que pasaran delante de ella. Los ha visto en las tiendas y sentados a una mesa del salón de té. El hombre de la silla de ruedas parece muy mayor y enfermo. Tiene la cara arrugada, como pintura vieja y desconchada. Lleva gafas oscuras y una peluca negra como el carbón, y encima una boina también negra. Va todo envuelto en una manta. Incluso cuando el día avanza y el sol aprieta — todas las veces que ella los ha visto — va cubierto con una manta escocesa. El hombre que empuja la silla de ruedas y que en ese momento está sentado en el banco es joven, tanto que parece un niño demasiado crecido. Es alto, de piernas largas, pero no viril. Un joven gigante, aturdido por su propio tamaño. Fuerte pero no atlético, con cierta rigidez en el cuello, los brazos y las piernas, gruesos, tal vez a causa de la timidez. Pelirrojo no sólo en la cabeza, sino en sus brazos des-

nudos y por encima de los botones de la camisa.

Gail se detiene ante ellos, les da los buenos días. El joven contesta casi inaudiblemente. Al parecer, tiene la costumbre de mirar el mundo con majestuosa indiferencia, pero Gail piensa que su saludo le ha avergonzado un poco, o le ha despertado cierto recelo. Sin embargo, añade:

— ¿Qué son esos pájaros que se ven por todas partes?

El joven dice un nombre, de una forma que a Gail le recuerda a su nombre de infancia. Está a punto de pedirle que lo repita cuando el anciano empieza a emitir algo que parece una sarta de improperios. Las palabras salen confusas de su boca y a Gail le resultan incomprensibles, debido al acento australiano con un deje europeo, pero no le cabe la menor duda sobre su mala intención, como concentrada. Y van dirigidas a ella: el anciano se inclina hacia adelante, debatiéndose por librarse de las correas que lo sujetan. Quiere saltar sobre ella, embestirla, echarla de allí. El joven no le pide disculpas a Gail ni le hace el menor caso; se inclina sobre el anciano y le empuja suavemente, diciéndole algo que ella no oye. Comprende que no le van a dar explicaciones y se aleja de allí.

Ninguna carta durante diez días. Ni una palabra. Gail no sabe qué hacer. Sale a pasear todos los días: prácticamente no hace otra cosa. El Miramar se encuentra como a un kilómetro y medio de la calle en la que vive Will. No vuelve a aquella calle ni a la tienda a cuyo dueño le dijo que era de Texas. No entiende cómo tuvo tal atrevimiento, el primer día. Todas aquellas calles siguen la línea de las coli-





nas. Entre las colinas, de las que cuelgan las casas, hay barrancos de paredes empinadas, llenos de pájaros y árboles. Las aves no se quedan tranquilas ni siquiera cuando el sol empieza a apretar. Las urracas mantienen su inquietante conversación y a veces se lanzan amenazantes sobre el sombrero de vivos colores de Gail. Los pájaros que se llaman como ella chillan estúpidamente al elevarse, giran en el aire y descienden hacia las hojas. Camina hasta sentirse mareada, sudorosa y con miedo de coger una insolación. Tirita en medio del calor, llena de temor, llena de deseo, de ver la silueta de Will, tan conocida, pequeña y garbosa, con sus largas zancadas, lo que más podría dolerle o aliviarla en el mundo.

Estimado señor Thornaby:

Le envió esta breve nota para pedirle disculpas si mi respuesta le pareció un tanto precipitada y descortés, y estoy segura de que así fue. Últimamente he estado sometida a bastantes presiones y me he cogido una temporada de vacaciones para recuperarme. En tales circunstancias, no siempre actuamos como quisiéramos ni vemos las cosas de forma racional...

Un día, pasa ante el hotel y entra en el parque. La terraza desborda de ruidosos bebedores. Todos los árboles del parque han florecido. Las flores tienen un color que jamás habría imaginado en los árboles: un tono de azul o de púrpura plateado, tan delicado y hermoso que podría pensarse que, al verlo, todo el mundo se quedaría pasmado, contemplándolo en silencio, pero no es así.

Cuando vuelve al Miramar, ve al joven pelirrojo en el vestíbulo, junto a la puerta del apartamento que ocupa con el anciano. Detrás de la puerta se oye una invectiva.

El joven sonrío, esta vez sí. Gail se detiene y se quedan juntos, escuchando.

Gail dice:

—Si quiere sentarse un rato mientras espera, puede subir a mi apartamento siempre que quiera.

El joven niega con la cabeza, aún sonriendo como si se tratase de una broma entre ellos. Gail piensa que debe añadir algo antes de dejarle allí solo y le pregunta por los árboles del parque.

—Esos árboles que hay junto al hotel — dice —, donde le vi hace unos días. Están todos florecidos. ¿Cómo se llaman?

El joven dice una palabra que Gail no entiende. Le pide que la repita.

—Jack Randa — dice el joven —. Es el Jack Randa Hotel.

Estimada señora Thornaby:

He estado fuera y al regresar he encontrado sus dos cartas. Las abrí en orden inverso, pero en realidad no importa.

Mi madre ha muerto. He ido a «casa», a Canadá, a su entierro. Allí hace frío, es otoño. Han cambiado muchas cosas. La verdad es que no sé por qué le cuento todo esto. Desde luego, usted y yo hemos empezado muy mal, pero incluso si no hubiera recibido su nota, en la que explicaba su actitud, creo que, en cierto modo, me habría alegrado de leer la primera carta. La mía era cortante y desagradable y usted me contestó en el mismo tono. Me resultan conocidos ese tono cortante y el sentirse ofendido a la primera de cambio. ¿Puedo arriesgarme a suscitar su cólera heráldica sugiriendo que, al fin y al cabo, es posible que exista alguna relación entre nosotros?



Aquí me siento desorientado. Admiro a mi mujer y a sus amigos del teatro, su entusiasmo, su franqueza, su compromiso, las esperanzas que han depositado en su talento para crear un mundo mejor. (De todos modos, he de reconocer que, en muchos casos, me da la impresión de que el entusiasmo y las esperanzas superan al talento.) No puedo ser uno de ellos, y también he de reconocer que ellos lo comprendieron antes que yo. Quizá se deba al aturdimiento que todavía siento tras el desfase de un viaje espantoso en avión, pero no puedo enfrentarme a ese hecho y lo escribo en una carta dirigida a una persona como usted, que ya tiene suficientes problemas y que, lógicamente, me ha dado a entender que no le interesan los míos. Será mejor que termine, porque no quiero cargarla con mis estupideces. No me extrañaría que hubiera dejado de leer antes de haber llegado hasta aquí...

Gail está tumbada en el sofá, apretando esta carta contra el estómago con las dos manos. Han cambiado muchas cosas. Así que Will ha estado en Walley: le habrán contado que ha vendido la tienda y que se ha ido a dar la vuelta al mundo. Pero, ¿no se habría enterado de todos modos, por Cleata? Tal vez no; ella era la discreción en persona. Y cuando se fue al hospital, justo antes de que Gail se marchara, le dijo: "No quiero ver ni oír hablar de nadie durante una temporada, ni recibir cartas. Este tratamiento seguro que será un tanto melodramático".

Cleata ha muerto.

Gail sabía que Cleata iba a morir, pero por algún motivo pensaba que todo seguiría igual, que no podía ocurrir nada mientras ella, Gail, estuviese allí. Cleata ha muerto y Will está completamente solo, a excepción de Sandy, y quizá Sandy haya dejado de resultarle útil.

Alguien llama a la puerta. Gail se levanta de un salto, angustiada, busca un pañuelo para cubrirse la cabeza. Es el administrador, que la llama por su apellido falso.

—Sólo quería decir que ha venido una persona y me ha preguntado varias cosas. Me preguntó por la señorita Thornaby y yo le dije que había muerto, hace ya algún tiempo. ¿Ah, sí?, me dice. Pues sí, y dice, qué cosa más rara.

—¿No le explicó por qué? — dice Gail —. ¿No le dijo por qué le parecía raro?

—No. Yo le dije que había muerto en el hospital y que ahora vivía una señora norteamericana en el mismo piso. No me acordaba de dónde es usted. Me pareció que este señor también es norteamericano, o sea que a lo mejor le pareció importante. Le dije que a la señorita Thornaby le llegó una carta después de morir, y que si la había escrito él. Me dijo que sí, pero que no se la habían devuelto. O sea que debe de haber habido un error o algo.

Gail dice que sí, que seguramente.

—Una confusión de identidad — dice.

—Sí. Eso.

Estimada señora Thornaby:

Ha llegado a mi conocimiento que está usted muerta. Ya sé que la vida es extraña, pero nunca me lo había parecido hasta tal extremo. ¿Quién es usted y qué está ocurriendo? Tengo la impresión de que todo este lío de los Thornaby no es más que eso: un simple galimatías. Sin duda, es usted una persona con mucho tiempo y mucha imaginación. Me molesta que me tomen el pelo, pero supongo que puedo comprender la tentación. Creo que me debe una ex-



© Srta Scarpetta



plicación: quiero saber si mi interpretación es acertada y si se trata de una broma. ¿O me encuentro ante una “compradora de moda” de ultratumba? (¿De dónde ha sacado ese detalle? ¿O es la verdad?)

Cuando Gail va a comprar comida, sale por la puerta trasera del edificio, da un rodeo para ir a las tiendas. Al volver, también dando un rodeo, se topa con el joven pelirrojo que está entre los cubos de basura. Si no hubiera sido tan alto, cualquiera habría pensado que estaba escondido allí. Gail le habla pero él no responde. La mira con los ojos llenos de lágrimas, como si el llanto sólo fuese un cristal ondulado, algo normal.

— ¿Su padre está enfermo? — le dice Gail. Ha llegado a la conclusión de que ésa es la relación que les une, a pesar de la diferencia de edad, mayor de lo normal entre un padre y un hijo, de que no se parecen en nada y de que la paciencia y la fidelidad del joven superan con mucho las que suele mostrar un hijo, algo a lo que incluso parecen oponerse hoy en día.

No, dice el joven, y aunque su expresión permanece tranquila, por su rostro se extiende un rubor, visible bajo la delicada piel rojiza.

Amantes, piensa Gail. De repente, tiene la certeza. Experimenta un escalofrío de simpatía, una extraña gratificación.

Amantes.

Baja al buzón del correo después de oscurecido y encuentra otra carta.

Pensaba que quizá estuviera usted fuera, en una de sus excursiones en busca de artículos de moda pero, según me ha dicho el administrador, no se ha ausentado desde

que alquiló el piso, por lo que he de suponer que aún sigue “de vacaciones”. El administrador también me ha dicho que es usted morena. Podríamos intercambiar nuestras respectivas descripciones —y después, algo más fascinante, fotografías—, de esa forma brutal que se sigue cuando las personas se conocen por medio de los anuncios de prensa. Tengo la impresión de que, en mis esfuerzos por conocerla, estoy dispuesto a hacer el ridículo. Qué novedad...

Gail no sale de casa durante dos días. Se pasa sin leche; toma el café solo. ¿Qué hará cuando también se le acabe el café? Come cosas raras: atún con galletas cuando ya no le queda pan para hacerse un bocadillo, un trozo reseco de queso, un par de mangos. Sube al vestíbulo superior del Miramar — primero abre una rendija, casi olfateando el aire para comprobar que no hay nadie— y llega hasta la ventana que da a la calle. Y experimenta una antigua sensación, la de observar una calle, la parte visible de una calle, por la que espera que aparezca un coche, que puede aparecer o no. Incluso recuerda los coches: un Austin mini azul, un Chevrolet marrón, una furgoneta. Coches en los que recorrió distancias cortas, ilícitamente y con su consentimiento. Mucho antes de Will.

No sabe qué ropa llevará Will, ni qué corte de pelo, ni si habrá cambiado algo en su forma de andar o en su expresión, si habrá experimentado alguna transformación para adaptarse a su vida allí. No puede haber cambiado mucho más que ella. En su apartamento, el único espejo que hay es uno pequeño, sobre el armario del cuarto de baño, pero incluso con eso puede ver cuánto ha adelgazado y cómo se le ha endurecido la piel de la cara. En lugar de deslustrarse y arrugarse como suele ocurrirle a las pieles blancas en ese clima, la suya ha adquirido un aspecto de



lienzo desvaído. Podría tener solución: lo sabe. Con el maquillaje adecuado podría conseguir un cierto aire de exotismo melancólico. El pelo plantea más problemas: el rojo asoma por las raíces, con mechchas grises y brillantes. Lo lleva oculto con un pañuelo casi todo el tiempo.

Cuando el administrador vuelve a llamar a su puerta, sólo alberga expectativas absurdas durante un par de segundos. La llama por su apellido.

— ¡Señora Massie, señora Massie! Ah, qué bien que está usted en casa. ¿Podría bajar un momento a ayudarme? Es ese hombre mayor, que se ha caído de la cama.

Baja las escaleras delante de ella, aferrándose a la barandilla y desplazando los pies, temblorosa, precipitadamente, sobre los escalones.

— Su amigo no está. Ya decía yo, porque ayer no le vi. Intento saber dónde anda la gente, pero no me gusta meterme donde no me llaman. Pensaba que a lo mejor había vuelto por la noche. Estaba barriendo el vestíbulo cuando oí un golpe y volví allí, a ver qué pasaba. El hombre está en el suelo, él solo.

El apartamento no es mayor que el de Gail y tiene la misma decoración, con unas cortinas sobre las persianas de bambú que lo hacen muy oscuro. Huele a tabaco y a comida rancia y también a un ambientador con aroma de pino. El sofá cama está extendido, transformado en una cama doble, y el anciano está a su lado, en el suelo, con las sábanas que ha arrastrado al caerse. La cabeza, sin peluca, es lisa, como un trozo de jabón sucio. Tiene los ojos entrecerrados y emite un profundo ruido, como el de

una máquina que no puede ponerse en funcionamiento.

— ¿Ha llamado a una ambulancia? — dice Gail.

— Si pudiera usted cogerle por un extremo — dice el administrador —. Yo tengo mal la espalda y me da miedo hacerme daño.

— ¿Dónde está el teléfono? — dice Gail —. A lo mejor le ha dado un ataque al corazón o se le ha roto una cadera. Tiene que ir al hospital.

— ¿Usted cree? Su amigo lo manejaba con mucha facilidad. Tenía fuerza. Pero ha desaparecido.

Gail dice:

— Yo llamaré.

— No, no. Tengo el número apuntado en mi despacho, encima del teléfono. No dejo que nadie entre allí.

A solas con el anciano, que seguramente no puede oírla, Gail dice: “Vamos, vamos, van a venir a buscarle. No se preocupe”. Su voz suena ridículamente amistosa. Se inclina para colocarle la manta sobre los hombros, y para su gran sorpresa, una mano revolotea a su alrededor, en busca de la suya, y se la aferra. La del hombre es ligera y huesuda, pero cálida, y terriblemente fuerte. “Sí, sí, estoy aquí”, dice Gail, y piensa a quién estará encarnando, si al joven pelirrojo, a otro chico u otra chica, a la madre del anciano.

La ambulancia aparece en seguida, con su angustioso aullido, y dos hombres suben rápidamente con la camilla, el administrador siguiéndoles torpemente, mientras dice:



© Srta Scarpetta



—... no podíamos moverlo. La señora Massie ha bajado a ayudarme.

Mientras colocan al anciano sobre la camilla, Gail tiene que retirar la mano y él se queja, o eso cree ella: el ruido involuntario que hace suena todavía más profundo, con un aaah, uuh continuo. Gail vuelve a darle la mano en cuanto puede, y va corriendo tras él mientras lo sacan del edificio. La sujeta con tal fuerza que parece como si la estuviera arrastrando.

—Era el propietario del Jacaranda Hotel —dice el administrador—. Sí. Hace años.

Pasan unas cuantas personas por la calle, pero nadie se para, nadie quiere que le pillen cotilleando. Quieren verlo, pero no quieren verlo.

—¿Voy con él? —dice Gail—. No quiere que me marche.

—Como le parezca —dice uno de los camilleros, y Gail sube a la ambulancia. (En realidad, la arrastra aquella mano engarfiada a la suya.) El conductor baja un asiento para ella, se cierran las puertas, empieza a sonar la sirena en cuanto el vehículo arranca.

En ese momento, por la ventanilla de la puerta trasera, ve a Will. Está a una manzana de distancia del Miramar y se dirige hacia allí. Lleva una chaqueta de manga corta, de color claro, y pantalones a juego —seguramente un traje de safari—, y tiene el pelo más blanco, o quizá esté descolorido por el sol, pero Gail lo reconoce de inmediato, lo reconocerá siempre y siempre tendrá que llamarlo al verlo, como hace en aquel momento, intentando saltar del asiento, desasirse de la mano del anciano.

—Es Will —le dice al camillero—. Lo siento. Es mi marido.

—Pues más vale que no la vea saltando de una ambulancia en marcha —dice el hombre. Añade—: Huy, huy. ¿Qué ha pasado aquí? —Durante el siguiente par de minutos presta atención profesional al anciano. Se endereza y dice—: Se acabó.

—Sigue sujetándome la mano —dice Gail. Pero mientras pronuncia estas palabras se da cuenta de que no es verdad. Unos segundos antes sí la sujetaba, con fuerza suficiente como para no dejarla saltar cuando vio a Will. En esos momentos es ella quien lo sujeta. Los dedos del hombre están aún calientes.

Cuando vuelve del hospital, encuentra la nota que estaba esperando.

Gail. Sé que eres tú.

De prisa, de prisa. El alquiler está pagado. Tiene que dejarle una nota al administrador. Tiene que sacar el dinero del banco, ir al aeropuerto, comprar un billete. La ropa puede dejarla allí: los sencillos vestidos estampados, el sombrero de paja. El libro de la biblioteca puede quedarse encima de la mesa, bajo la lámina de las plantas de salvia. Que se quede allí, acumulando multas.

Si no, ¿qué va a pasar?

Lo que sin duda quería ella. De lo que, también sin duda, va a huir.

¡Sé que estás ahí, Gail! Sé que eres tú quien está detrás de la puerta.

¡Gail! ¡Galya!



Háblame, Gail. Contéstame. Sé que estás ahí.

Te oigo. Oigo el latido de tu corazón por la cerradura y el ruido de tus tripas y tu cerebro dando saltos.

Te huelo por la cerradura. Gail.

Las palabras más deseadas pueden cambiar. Algo puede ocurrirles, mientras se espera. Amor, necesidad, perdón. Amor, necesidad, para siempre. El sonido de esas palabras puede convertirse en un tumulto, un ruido de taladradoras en la calle. Y lo único que se puede hacer es echar a correr, para no someterse a ellas por la fuerza de la costumbre.

En las tiendas del aeropuerto ve varias cajitas, hechas por aborígenes australianos. Son redondas, ligeras como monedas pequeñas. Coge una con un dibujo de puntos amarillos, distribuidos irregularmente sobre un fondo rojo oscuro. Sobre esto hay una figura negra, hinchada, quizá una tortuga, con las cortas patas extendidas. Impotente, de espaldas.

Gail piensa: un regalo para Cleata. Como si todo el tiempo que ha pasado allí hubiera sido un sueño, algo que podía eliminar, al volver al lugar de su elección, a otro comienzo.

No para Cleata. ¿Para Will?

Los puntos amarillos así desparramados le recuerdan algo que vio el otoño pasado. Algo que vieron Will y ella. Una tarde soleada, salieron a dar un paseo. Fueron desde su casa río arriba, siguiendo la orilla cubierta de árboles, y de pronto se toparon con un espectáculo del que

habían oído hablar pero que nunca habían visto.

Había cientos, quizá millares de mariposas colgadas de los árboles, descansando antes de emprender el largo viaje por las riberas del lago Hurón y atravesar el lago Erie, para después dirigirse al sur, a México. Estaban colgadas como hojas de metal, de oro batido, como copos de oro que se hubieran prendido de las ramas.

— Como la lluvia de oro de la Biblia — dijo Gail.

Will le explicó que confundía a Júpiter con Jehová.

Aquel día, Cleata había empezado a morir y Will ya conocía a Sandy. Aquel sueño ya había empezado: el viaje de Gail y sus engaños; después las palabras que había imaginado, o creído oír al otro lado de la puerta.

Amor. Perdón.

Amor. Olvido.

Amor. Para siempre.

Taladradoras en la calle.

¿Qué poner en una caja así antes de envolverla y enviarla muy lejos? ¿Una bolita, una pluma, una pastilla muy potente? O una nota, doblada hasta reducirla al tamaño de un escupitajo.

Ahora, tú sabrás si quieres seguirme.

Publicado inicialmente en *The New Yorker*, este cuento fue traducido por Flora Casas y publicado en el libro *Secreto a voces*, Madrid, Debate, 1996.